

son todavía sentidos con desgraciada intensidad y ya en este punto, el señor Sanz Břemón, que se halla al tanto de cuanto se publica y se hace, no solo en casa, sino fuera de ella, recomendó al señor Vidal el ensayo de una fórmula que acababa de conocer.

Consistía en toques de ácido clorhídrico sobre las aftas y enjuagues con agua sulfatada.

Dos ó tres días después de esto, el colono del señor Vidal compraba dos becerros para criar, que al siguiente de estar en el establo presentaban todos los síntomas de la glósopeda.

Había llegado, por lo mismo, con inesperada rapidez la ocasión de ensayar el antedicho procedimiento, y así se hizo.

Compróse el sulfato de cobre (*caparrós*) y el ácido clorhídrico (*sal fumant*), y se sujetó á los dos becerros á tratamiento.

Se les ató una cuerda á la mandíbula superior y otra á la inferior, y abierta de esta suerte la boca, se les lavó primero con el agua sulfatada y se les tocaron después con una pluma empapada de ácido clorhídrico las llagas.

El dolor en el animal al sentir los efectos de cáustico tan enérgico fué intenso, y por lo mismo, acto seguido, para aliviarles y tranquilizarles, se les arrojó nuevamente agua fresca, en la cual se había disuelto de 20 á 25 gramos de sulfato de cobre por litro.